

# Históricas Digital

“Introducción”

p. 15-26

Claude Fell

*José Vasconcelos. Los años del águila, 1920-1925  
Educación, cultura e iberoamericanismo en el México  
Posrevolucionario. Tomo I*

Ana Carolina Ibarra (advertencia)

Álvaro Matute (nota al lector)

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2021

516 p.

Figuras

(Historia Moderna y Contemporánea 21)

ISBN 978-607-30-3043-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de abril de 2021

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/248b\\_01/vasconcelos\\_aguila.htm](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/248b_01/vasconcelos_aguila.htm)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2021, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## INTRODUCCIÓN

En los últimos meses de 1910, México, que desde hacía más de treinta años vivía la “paz porfiriana”, comienza a cimbrarse bajo el impacto de una serie de convulsiones sociales que cobrarán cada vez mayor fuerza, mayor profundidad, y llegarán a poner en tela de juicio un sistema caracterizado por sus profundas desigualdades, cuyas raíces se remontan hasta el mismo periodo colonial y que el siglo XIX vino a consolidar y exacerbar hasta hacerlo insostenible para el sector más numeroso y más desposeído de la nación. El proceso revolucionario atraviesa luego una fase de violencia que culmina en 1915 con los combates de Celaya, de los que sale vencido el partido villista y victorioso el tándem Carranza-Obregón. Venustiano Carranza, quien fuera gobernador en el régimen de Porfirio Díaz, cae a su vez en mayo de 1920, luego de haber accedido, en un primer momento, a algunas reformas fundamentales ratificadas por la Constitución de 1917, y después de haber intentado, en una segunda etapa, conservar el poder supremo por sobre los límites legales del mandato presidencial. Con Obregón, elegido en noviembre de 1920 por sufragio universal, la Revolución se “institucionaliza”. Hasta 1923 —a fines de ese año y principios del siguiente, el país se hunde de nuevo en la guerra civil—, México disfruta de un periodo de paz y de prosperidad relativas, que le permiten emprender la reorganización de un país con un territorio en gran medida devastado, una economía tambaleante y un gobierno que no contaba con el reconocimiento del poderoso vecino norteamericano.

Numerosos historiadores y cronistas —algunos de los cuales tomaron incluso parte activa en el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios— han descrito en México, en los Estados Unidos, en Francia y en otras partes, detalladamente o a grandes rasgos, la formidable conmoción y sus secuelas. De tales evocaciones han surgido nombres gloriosos o infames: Francisco



I. Madero, Victoriano Huerta, Pancho Villa, Emiliano Zapata, Pascual Orozco, Venustiano Carranza, Álvaro Obregón; nombres recogidos y transformados en mito por la literatura, el corrido, el cine y la pintura. Asimismo, han sido abordadas cuestiones tales como la evolución del estatuto de la propiedad de la tierra, los avances y tropiezos de la reforma agraria promulgada en 1915, la elaboración de la Constitución de 1917, la cuestión del petróleo —que cobra importancia y se agudiza durante las presidencias de Carranza y, sobre todo, de Obregón, para culminar en 1938 con la nacionalización llevada a cabo por Lázaro Cárdenas—, la repartición de los poderes, las relaciones entre el Ejecutivo y el Legislativo, el problema religioso, la gestación del presidencialismo, etcétera.

Sin embargo, todo cuanto atañía a los problemas de la enseñanza, de la educación, de la alfabetización, de la cultura, seguía siendo, en mayor o menor medida, terreno inexplorado. En este campo, quizá más que en otros, fueron enormes las repercusiones de la lucha política, de los enfrentamientos armados, de la desorganización administrativa y económica y de la penuria financiera que trastornaron la vida nacional mexicana a partir de 1910. Tanto más cuanto que, pese a los esfuerzos innegables de Justo Sierra, y a su incansable actividad desde 1905, a la cabeza del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, encontramos en el terreno de la educación y de la cultura las mismas desigualdades, los mismos desequilibrios y las mismas injusticias que en otros sectores: la enorme mayoría de la población es analfabeta; las escuelas se concentran sobre todo en las ciudades, en detrimento de la población rural; si bien la enseñanza superior ha sido reformada y alcanza en 1910 un auge particular con la reapertura de la Universidad de México, en la educación primaria se carece de instalaciones, de profesores, de medios económicos, etcétera. Definir y llevar a la práctica una política educativa y cultural clara, dinámica y democrática significaba poner en tela de juicio las estructuras y la evolución de la sociedad mexicana, obligarla a contemplarse a sí misma, a autoanalizarse, a reflexionar sobre su propio desarrollo, su cohesión y su futuro —sobre su “regeneración”, como dicen los

ensayistas mexicanos posteriores a 1910—, teniendo presentes las “conquistas” revolucionarias y las reivindicaciones formuladas desde la caída de Porfirio Díaz. Sabemos que el movimiento zapatista exigía “tierra y libertad” y que el Plan de Ayala de 1911 fue la base para los textos de 1915 sobre la reforma agraria. Pero es menos sabido que los zapatistas proponían, asimismo, un proyecto de sistema educativo abierto a todos y firmemente implantado en el sector rural.

Con el mismo título que la reforma agraria, la protección de los trabajadores o la renovación de las instituciones, la instauración de una nueva política educativa debía tender a una mayor igualdad y una mayor justicia y, de tal manera, responder a las aspiraciones profundas del país, que había comprendido que la educación podía ser un instrumento formidable para desestratificar y reequilibrar la sociedad. Cuando José Vasconcelos emprende, en 1920, una vasta campaña de alfabetización, son muchos los poblados, las comunidades indígenas, las asociaciones campesinas u obreras, que piden que se les envíe alfabetizadores voluntarios y material escolar de primera necesidad. Sin que se hubiesen explicitado clara y repetidamente reivindicaciones precisas, se ve en esa ocasión que el pueblo mexicano consideraba el analfabetismo como un factor importante de marginación, y que tenía sed de instrucción —sed de una instrucción, en un primer momento, quizás un tanto “rudimentaria” o técnica, más que de “educación” o “cultura”—.

Nuestro estudio, centrado en el periodo 1920-1924, se propone primeramente analizar las modalidades de acceso a la educación y a la cultura de un país que toma conciencia de sus problemas internos, tras un largo periodo de enajenación y, para la mayor parte de la gente, de oscurantismo. Es por esto por lo que hemos intentado describir, con la mayor frecuencia posible, lo que sucedía en la práctica; qué acogida tenían las decisiones tomadas por la Secretaría de Educación Pública (SEP), reconstituida en 1921; cuáles eran, por una parte, los obstáculos que surgían para la secretaría y, por otra, las reacciones del cuerpo docente, de la prensa, de la clase política y —en la medida en que se conocen— las de la población.



La implantación de una política educativa y cultural no es en México —a diferencia de lo que ocurre en la Rusia de 1917— contemporánea y concomitante de la caída de Porfirio Díaz y del desarrollo del movimiento revolucionario. La precede un largo periodo de titubeos, de dudas, de tentativas, e incluso de regresión respecto de lo obtenido gracias a la labor de Justo Sierra y de algunos grandes pedagogos del siglo XIX: en 1920, según las estadísticas oficiales, el 4.93 % de la población está escolarizado, contra el 6.23 % en 1910. Debemos, pues, preguntarnos por qué no se emprendió una obra de verdadera democratización de la enseñanza y por qué algunos de los responsables de este sector y ciertos funcionarios de los gobiernos de Madero o Carranza actuaron con tal mesura —a veces incluso con reticencia— ante la necesidad de multiplicar las instituciones escolares. ¿Acaso temían que la escuela se convirtiese en una “fábrica de zapatis-tas”, según la expresión de uno de los más influyentes políticos de la época? Pero, paralelamente, ¿era posible que México viviera y progresara con más de un 80 % de analfabetos? ¿Cómo suprimir el analfabetismo? ¿Se podía establecer un sistema educativo único para todo el país, pese a las disparidades sociales, regionales y económicas? ¿Se debía conservar y subsidiar las instituciones privadas? ¿Cómo utilizar la escuela para poner fin a la marginación de las comunidades indígenas? ¿Se debía imponer como regla el monolingüismo? ¿Qué lugar dar a la enseñanza técnica y a la cultura general? ¿Se justificaba el mantenimiento de una educación superior (Universidad, Escuela de Altos Estudios)? ¿Se podía utilizar como inspiración modelos extranjeros, en particular norteamericanos? ¿Qué ideología (“ética”, decían) debería transmitir la educación? Todas estas interrogantes se plantean entre 1910 y 1920, de manera desordenada y fragmentaria. Y es significativo el hecho de que no se les haya dado nunca una respuesta concreta, completa y duradera.

En 1920 termina el estancamiento. Con el acceso al poder de Álvaro Obregón, el país se estabiliza durante algunos meses, hasta 1923 y el estallido de la rebelión delahuertista. Este periodo de tregua política, aunado a la reorganización de la vida económica y administrativa, permite el desarrollo de una vasta empresa edu-

cativa y cultural que va a suscitar en el país un profundo movimiento de adhesión. Detrás de este movimiento está un hombre: José Vasconcelos, quien no había tenido en los acontecimientos de la Revolución sino un papel secundario y episódico y que, entre 1920 y 1924, mostrará realmente su talento como animador y creador. Y, sin embargo, pocas figuras públicas han suscitado tanto odio, tantos ataques, críticas y controversias como Vasconcelos. De él se conoce sobre todo su desafortunada campaña presidencial de 1929 y esa manzana de la discordia que son los cuatro tomos de su autobiografía, publicados entre 1935 y 1939. Partidario entusiasta y fiel del presidente Madero, sufre los ataques de villistas y carrancistas; ministro celoso y activo de Obregón, ataca con violencia a Plutarco Elías Calles y su gobierno; simpatizador del socialismo en la década de los veinte, luego se vuelve, más o menos abiertamente, hacia el nacionalsocialismo hitleriano y dirige, en la ciudad de México, durante la Segunda Guerra Mundial, la revista *Timón*, subsidiada por la embajada de Alemania en México. Si en 1925, cuando publica *La raza cósmica*, desprecia a los Estados Unidos, en la etapa de la Guerra Fría apoya a voz en cuello a los aliados. Se autodefine como escritor “violento” y multiplica los anatemas, las provocaciones y las polémicas. Vasconcelos, en quien se encarna la conciencia de México —a veces buena, a veces mala—, es considerado extremista y, hasta hace algunos años, el investigador se topaba frecuentemente con un hermetismo que le vedaba el acceso a cualquier opinión (o biblioteca privada, o archivo) al intentar estudiar la obra de un hombre que suscitó, a veces en las mismas personas, la adhesión más ferviente y las condenas más desafortunadas. Vasconcelos, polígrafo que abarcó el ensayo filosófico, el teatro, el cuento, la autobiografía, la historia, transmite a su obra esa vehemencia que aparece como una de las constantes de su conducta.

A partir de 1925, y ya definitivamente alejado de la participación directa en la “cosa pública”, Vasconcelos contempla con rencor y amargura su pasado, y juzga el presente con una dureza que frisa en la agresividad. Es ésta la imagen que México ha conservado: la de un hombre amargado y “al margen”. Prácticamente nadie se ha interesado por la empresa educativa y cultural dirigida por



José Vasconcelos, primero durante la presidencia interina de Adolfo de la Huerta, y más tarde dentro del gabinete del presidente Obregón, entre junio de 1920 y julio de 1924. Y, no obstante, en esos cerca de cincuenta meses, José Vasconcelos, por única vez en su vida, pudo asociar de modo directo “pensamiento y acción”. Frente a los acontecimientos y las realidades, al contacto con los hombres y los hechos, se vio obligado a confrontar un sistema de pensamiento que tenía su origen y su fuerza en la oposición al porfirismo y a su ideología dominante y subyacente, el positivismo, con las necesidades cotidianas, imperiosas, urgentes de su país en materia de educación y de cultura. Es este pensamiento en acción el que intentaremos describir y analizar, con sus certezas, sus afirmaciones, sus conquistas, pero también sus titubeos, sus contradicciones, sus fracasos y sus retrocesos. La acción de Vasconcelos es un combate por imponer una línea de fuerza, una orientación, un devenir, a ese magma neocolonial, fragmentado, desordenado, sin verdadera identidad ni coherencia que es el México que encuentra a su regreso de los Estados Unidos, en junio de 1920, pocas semanas después del asesinato de Venustiano Carranza. José Vasconcelos es uno de los escasos ejemplos —el argentino Sarmiento es otro— del “filósofo”, del intelectual latinoamericano a quien se confiere la enorme responsabilidad de dotar a su país de un sistema educativo y de un marco cultural modernos y adaptados a las realidades nacionales.

Pero si por lo general se reconoce y se estima la importancia del papel del secretario de Educación Pública de Álvaro Obregón, se debe en gran medida a un juicio inspirado en los escritos posteriores de Vasconcelos, que muestran una visión retrospectiva de su actuación, ya sean las conferencias recopiladas bajo forma de ensayos, como *Indología* (1926) o *Bolivarismo y monroísmo* (1934), o bien el tomo de su autobiografía consagrado a su desempeño al frente de la SEP: *El desastre*, o el libro de reflexión pedagógica publicado en 1935: *De Robinsón a Odiseo: pedagogía estructuralista*. Nuestra perspectiva es distinta: nos hemos basado esencialmente en los discursos, los artículos, las conversaciones de Vasconcelos entre 1920 y 1925; en la prensa mexicana y latinoamericana de esa época; en los archivos de sus contemporá-



neos (Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Diego Rivera, Ezequiel Chávez, José de la Riva Agüero), a falta de un archivo personal de Vasconcelos o de archivos de la Secretaría de Educación. Utilizamos ampliamente una fuente que prácticamente no se había explorado y que podría equipararse a un verdadero archivo: los boletines de la Universidad de México y de la Secretaría de Educación Pública, publicados entre 1920 y 1924, que recogen los textos oficiales, las reacciones de la prensa, de los estudiantes, del cuerpo docente, de los artistas y escritores asociados o no a la política cultural de la SEP, respecto de las reformas fundamentales realizadas a iniciativa de Vasconcelos. Hay frecuentemente una distancia considerable entre lo que Vasconcelos logra, decide, pone en práctica entre 1920 y 1924, y lo que escribe más tarde. Es obvio, por ejemplo, que las transformaciones fundamentales que se operan a partir de 1922-1923 en la educación primaria, con la aprobación del secretario, son en gran medida fruto de la influencia del filósofo y pedagogo norteamericano John Dewey, a quien, doce años más tarde, ataca y repudia en *De Robinsón a Odiseo*. Podemos observar idénticas contradicciones en lo relativo a las escuelas indígenas, al muralismo, las bibliotecas o la moral escolar.

Ante la inmensidad y la diversidad de la tarea, Vasconcelos se ve con frecuencia obligado a improvisar o a recurrir a fuentes que más tarde repudia. ¿Cómo aceptar, si no nos basáramos en los hechos mismos, que el ministro ruso Anatoli Lunacharsky haya podido ser uno de sus principales inspiradores en varios terrenos precisos? Aun siendo partidario del dirigismo en materia de educación y de cultura, Vasconcelos hace gala en esa época de una flexibilidad y de un eclecticismo excepcionales, si los tomamos en cuenta dentro del marco de la trayectoria de su existencia y su pensamiento. Con la agudeza visual y la serenidad —jalonada de relámpagos de pasión y arrebatos pasajeros— de un águila, Vasconcelos está presente en todos los campos, en el fragor de todas las controversias, al lado de los desheredados, de los excluidos, de los marginados por el porfirismo. Es el “ministro a caballo” que sabe dar la cara y darse todo. Con generosidad e imaginación —imaginación que sus enemigos tachan de con-



fusión y precipitación— arrostra los ataques, aborda las cuestiones fundamentales y propone soluciones, algunas de las cuales han hecho escuela hasta el presente.

Vemos así surgir el espectro de un México que la historia oficial tiende a postergar o a pasar por alto; un México en el que existen los graves problemas de la mayoría de los países latinoamericanos: el analfabetismo, que muchos se contentaban con deplorar y condenar; la enseñanza técnica y profesional, que interesaba a las clases medias urbanas y a los sectores obreros que comenzaban a desarrollarse; la escolarización del campo y la integración escolar de las comunidades indígenas, a las que con demasiada frecuencia se calificaba, con una especie de automatismo indiferente, de “lastre”; la adecuación de la enseñanza superior a las necesidades reales del país; la promoción de una cultura nacional y popular, abierta a todos, etcétera. Esto atañe a México entero, y el país reacciona, más o menos explícitamente, más o menos favorablemente, a las iniciativas de Vasconcelos y de sus colaboradores, revelando con ello la complejidad, la riqueza, la profundidad de las divisiones, de las concesiones, de las rivalidades y las complicidades que constituyen la urdimbre social de México.

Por otra parte, Vasconcelos no está solo. A su alrededor se han congregado sus antiguos compañeros del Ateneo de la Juventud, y también jóvenes universitarios mexicanos (Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, Vicente Lombardo Toledano), pedagogos y literatos extranjeros que gozan de un prestigio continental indiscutible (Pedro Henríquez Ureña y Gabriela Mistral son los más célebres). Las grandes figuras de la nueva generación latinoamericana contemplan su acción con entusiasmo: Víctor Raúl Haya de la Torre, Miguel Ángel Asturias, Raúl Silva Castro, Germán Arciniegas, Julio Antonio Mella, etcétera, se inspirarán en la política educativa mexicana para resolver algunos de sus problemas nacionales. Dentro del ámbito mexicano, el paso de la reflexión a la acción resulta temible e implacable: las viejas amistades formadas en las postrimerías del porfirismo se hacen añicos, el grupo del Ateneo se disloca definitivamente. En cambio, muchos de los jóvenes conquistados por el dinamismo y el com-



promiso social de Vasconcelos le darán su apoyo en 1929 para su campaña presidencial, con la cual intentará en vano romper la regla política, definida ya desde 1924, de la imposición de un candidato designado por el presidente en ejercicio y luego confirmado a través del sufragio universal.

De ser preciso, podríamos igualmente encontrar una justificación de la actuación de Vasconcelos a la cabeza de la SEP —y hay que hacer notar que su carrera ministerial dura menos de tres años— en la política cultural y artística adoptada a partir de 1921. Ésta va estrechamente ligada a la filosofía estética que Vasconcelos elabora durante los años anteriores a su desempeño como rector de la Universidad de México. Nuestra intención es precisamente mostrar cómo ciertas decisiones concretas del secretario son coherentes con sus opciones estéticas previas. Pero nos rehusamos a adoptar en este campo una perspectiva histórica, e intentamos básicamente analizar la controversia que surge entre un representante de ese idealismo espiritualista, tan radicalmente opuesto al materialismo positivista de la era porfiriana, y algunos artistas —Diego Rivera entre los de primera fila— partidarios de esa cultura y ese arte “socialistas” que triunfarán, años más tarde, durante la presidencia de Lázaro Cárdenas.

Vasconcelos se cuenta entre los primeros que en Latinoamérica luchan y actúan para instaurar una cultura a la vez nacional, continental y popular. Algunas de sus decisiones —la publicación en grandes tirajes de libros “clásicos”, el muralismo, el teatro al aire libre, la arquitectura de inspiración colonial— son recibidas a veces con entusiasmo, a veces con hostilidad. Pero por lo que lucha Vasconcelos es por lograr el advenimiento de toda una concepción nueva de las relaciones entre el productor literario y artístico y el pueblo, al tiempo que se esfuerza por preservar ciertos valores, ciertos elementos, ciertos rasgos del folclor nacional, y de dar acceso al arte y a la cultura a los estratos sociales privados de él durante siglos. Ante una Europa que tan penosamente se recupera de la sangría devastadora de la guerra de 1914-1918, México se esfuerza, bajo el impulso de Vasconcelos, por redescubrir y reafirmar su propia vocación cultural, lejos de toda imitación servil de la moda extranjera y de todo repliegue estéril



y chovinista sobre los escombros de sus tradiciones. La SEP infunde una vida nueva a las danzas y los cantos populares, a las actividades artesanales que languidecían de manera peligrosa; pero intenta asimismo imponer lecturas fundamentales, un arte pictórico a la vez tradicional y profundamente innovador, una forma de teatro que también se sitúa en la encrucijada del legado griego y de la vanguardia. El objetivo es ambicioso y un tanto desproporcionado respecto de los medios de que dispone la Secretaría de Educación Pública, no obstante el aumento espectacular de esos recursos a partir de 1921. Pero era el futuro mismo lo que estaba en juego, y el México de hoy vive aún, en gran medida, sujeto a los lineamientos culturales y artísticos descubiertos, elaborados y postulados a lo largo de esos tres años decisivos que van de 1921 a 1924.

Finalmente, nos pareció necesario incluir el año de 1925 en nuestro estudio, aun cuando Vasconcelos renunció oficialmente al puesto de secretario en julio de 1924. En 1920, México era un país desgarrado, exhausto y, sobre todo, aislado. En el extranjero, con frecuencia no se conserva de la Revolución sino el recuerdo de sus operaciones militares, sus hechos de armas y una violencia espectacular y muchas veces gratuita, sin parar mientes en las reformas decisivas contenidas en la Constitución de 1917. Vasconcelos hace que México salga de su aislamiento e intenta despojarlo de los estereotipos con que se le desfigura en el extranjero, tomando resueltamente el partido del iberoamericanismo contra el panamericanismo —al que considera sinónimo de sujeción a los Estados Unidos—. Con el mismo título que los argentinos José Ingenieros, Manuel Ugarte o Alfredo Palacios; que los chilenos Gabriela Mistral o Enrique Molina; Vasconcelos adquiere, con sus escritos y su acción en la SEP, una estatura continental, consolidada en el viaje realizado en 1922 por Brasil, Uruguay, Argentina y Chile. Paralelamente, estos países están al tanto de los cambios sociales, educativos y culturales que se operan en México. Este mejor conocimiento recíproco contribuye indiscutiblemente al fortalecimiento de la corriente unitaria que vincula entre sí a las universidades latinoamericanas desde el inicio del movimiento de reforma universitaria de Córdoba, en 1918.



Vasconcelos, quien recoge y trasciende el legado ideológico de José Enrique Rodó, lanza una serie de llamados de inspiración espiritualista y pacifista a la juventud del continente iberoamericano, inscribiéndose así en la tradición de las grandes figuras de posguerra que militaron en pro de la concordia universal: Romain Rolland y Rabindranath Tagore. Esta acción comprometida encuentra eco en la revista *La Antorcha*, que Vasconcelos dirige de octubre de 1924 a mayo de 1925 y luego deja en manos de Samuel Ramos, y su pensamiento iberoamericano está contenido en un libro publicado en España en 1925 y ampliamente comentado en Latinoamérica: *La raza cósmica*. Hemos querido, en el presente estudio, reconstituir la génesis de esta obra y analizar sus aspectos principales.

En mayo de 1925, José Vasconcelos viaja a Europa. Es el principio de una larga peregrinación por el mundo —interrumpida por la campaña presidencial de 1929— que durará hasta 1939. Vasconcelos se convierte en un exiliado errante y sus intervenciones en la vida nacional mexicana tendrán en lo sucesivo un carácter meramente marginal. Pero en cuanto a la educación y la cultura, se ha definido una línea de la que México se apartará varias veces pero a la cual siempre habrá de regresar. El breve vuelo del águila supo enseñarnos cómo destruir la serpiente de la discordia, de la injusticia, de la ignorancia, del aislamiento y de la enajenación. Las miradas se vuelven, a intervalos, hacia el cielo del Anáhuac, buscando divisarlo otra vez. Era, pues, necesario reconstituir el tramo más radiante y soberbio de su trayectoria.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS